

Sor María Victoria Triviño Monrabal, osc

orar con...
santa Clara de Asís

Desclée de Brouwer

introducción	9
breve semblanza de santa Clara de Asís	11
Clara de Favarone	17
1. cuando el Señor iluminó mi corazón	19
2. conversión al primado de Dios	25
3. esposa de Cristo	31
4. “atráeme hacia ti”	37
5. refugio mío, confío en ti	41
6. una gran luz	47
Clara de Asís, en la tierra de la intercesión.	53
7. intercesión como abrazo.	55
8. intercesión por los matrimonios	59
9. bendición sobre los hijos	65
10. intercesión sobre la ciudad.	71
11. peregrinos y forasteros.	77
12. el poder de servir	83

Clara de luz, en el ardor seráfico.	91
13. habitados por el fuego	93
14. el horno	101
15. alas de águila	107
16. lágrimas	113
17. “vi el agua”.	119
18. “yo te defenderé siempre”	125
Clara en el misterio de Cristo	131
19. Jesucristo espejo	133
20. navidad “sola y contigo”	143
21. adhiérete a la virgen pobrecilla	149
22. el nombre de Jesús	155
23. abrazo en cruz	161
24. contemplación del sesucitado	169
Clara de Dios.	177
25. iglesia. “Cooperar con Dios”	179
26. canto a la virginidad	185
27. palabras de sabiduría.	191
28. “conoce tu vocación”	195
29. “hablo a mi alma”	201
30. nombres para llamar al Amor	207
epílogo	211
hermana y compañera	213
bendición de santa Clara	217

introducción

Bella cosa es orar con los santos.

Cosa útil es aprender de los que nos precedieron en el camino que conduce hacia la bienaventuranza proclamada en el Evangelio. Buena cosa es aspirar hacia la más pura dicha, por todos deseada y por ellos alcanzada.

Entramos hoy en la escuela de Santa Clara, la Dama Pobre tan admirada y querida. Primera discípula de san Francisco de Asís, su pareja fundacional, y madre de las Hermanas Pobres.

Proponemos 30 breves capítulos agrupados en cinco partes. En la I acompañamos a Clara en el camino de la conversión. En la II entramos en la escuela de la intercesión. En la III nos adentramos en el secreto de la oración de Clara a través de los símbolos empleados en su lenguaje: el fuego, el horno, las alas, el agua. En la IV aprendemos con ella a contemplar el Misterio de Cristo en el Espejo de la eternidad. En la V

atendemos a diversas exhortaciones y recogemos su postrera enseñanzas antes de entregar su espíritu al recibir el beso de la Santa Virgen.

Los textos citados se hallan en las Escritos y fuentes documentales de Santa Clara.

Por estas páginas de reflexión, que quieren conducir a la oración, hará sus entradas y salidas el hermano Francisco, san Francisco de Asís. Pasarán también algunas de las primeras compañeras de Clara. No es posible pensar a Clara en soledad, ella es la maestra, la iniciadora de una forma de vida en santa unidad que supera los ocho siglos de existencia. Su ejemplo y su palabra no dejan de sugerir desde el amor seráfico, la belleza, la dignidad y el gozo.

He procurado escribir con brevedad, sugiriendo más que explicando. Dejo al orante que se abra al Espíritu del Señor y su santa operación, bajo la protección de la Dama Pobre. Le acompañaré también desde ahora con mi intercesión, como hija de Clara, para que descubra la sencillez y belleza de la mística franciscana y se aficione a la oración de intercesión.

breve semblanza de santa Clara de Asís

Era su nombre familiar, Clara de Favarone, por ser hija del caballero Favarone de Ofreuccio y de señora Hortulana. Vio la luz en el seno de una de las más poderosas familias de la ciudad de Asís, en la casa torre que se alzaba, ostentando sus estandartes de gloria, junto a la iglesia parroquial de San Rufino.

Recibió una instrucción privilegiada y fue educada para continuar la nobleza de su linaje. Tal como era costumbre en aquel remoto tiempo la prometieron a los 12 años, al caballero Rainiero de Bernardo. De la promesa a la boda debían transcurrir unos cinco años. En ese tiempo, según dijeron los testigos, el prometido procuró enamorarla hablándole de amores, pero ella le hablaba de Dios. Es que el Señor la enamoró mucho antes, cuando iluminó su corazón y Clara eligió servirle en virginidad y pobreza.

Cumplidos los 17 años comprendió que había llegado el momento de tomar una decisión muy personal y arriesgada, si quería ser fiel al Evangelio. No podía

eludir los preparativos de la boda, ni convencer a los suyos para romper el compromiso sellado por su padre antes de morir. De acuerdo con el Obispo Guido de Asís y con el hermano Francisco huyó de casa en la medianoche del Domingo de Ramos 18 de marzo de 1212. Testigo la luna llena que la vistió con reflejos de blanco plata.

Salió por la puerta de los muertos, una portezuela lateral que solo se abría para sacar a enterrar a los difuntos. Lo hizo así para evitar ser vista por la guardia que vigilaba su casa de noche, y para significar que su salida era sin retorno.

Antes del amanecer del Lunes Santo el hermano Francisco la consagró a Dios para servirle en la vida de penitencia, le cortó el cabello y le vistió un tosco sayal. Luego, temiendo la reacción de los Ofreduccio, acompañó a Clara al monasterio de las monjas Benedictinas de Bastia, y la confió a la Abadesa.

Allí ciertamente la buscó el cabeza de familia, su tío Monaldo, protagonizando una violenta escena que la valiente joven resolvió haciendo valer el derecho de asilo, esperándolos en la iglesia del monasterio y asiéndose al altar. Luego descubrió su cabeza tonsurada dando a entender que ya estaba consagrada a Dios y no podían llevarla contra su voluntad sin incurrir en censura eclesiástica.

Y así la noble Clara de Favarone, a los 17 años, renunció a los privilegios de su clase para hacerse pobre, imitando a Cristo pobre.

Domina Clara de Asís fue su nombre nuevo. Dios le dio hermanas, con ellas formó la primera comunidad de “hermanas pobres” y tomaron como guía al hermano Francisco de Asís. Él ya tenía hermanos, habían pasado seis años desde su conversión y contaba 33 de edad.

Habitaron las hermanas en lo que fue su pequeño convento, junto a la iglesia de San Damián, a las afueras de Asís. Allí fueron las guardianas del crucifijo que habló a Francisco enviándole a restaurar la Iglesia. Allí iniciaron una forma de vida que ofrecía una gozosa alternativa a la vida monástica. Allí siguiendo el ejemplo de Francisco, rompieron las barreras de clase y dieron un giro a la forma de seguir a Cristo en pobreza esponsal. Después de Clara, las mujeres nobles, burguesas y siervas, pudieron convivir en igualdad de derechos y deberes en vida claustral contemplativa.

Allí, en el convento rodeado de olivos, crearon un lugar de paz en la unidad de fe y amor, fueron ejemplo y espejo en una época de crisis, se multiplicaron y se extendieron por el mundo como las estrellas preciosas, claras y bellas.

La evolución mística que Clara enseñó a sus discípulas pasa por la adhesión a la Santa Virgen María, para aprender a contemplar y vivir con ella el Misterio de Cristo. Y así entrar en la intimidad divina como “hija del Padre, madre del Hijo y esposa del Espíritu Santo”. Las hermanas, las gentes y los frailes reconocieron a Clara como “impronta de la Madre de Dios”; aquella en quien, y por quien, el Señor hizo maravillas. ¡Clara de Dios!

Superando muchas contradicciones, Clara consiguió dar forma jurídica a su novedad de vida, elaborando su propia Regla y consiguiendo la aprobación del Papa Inocencio IV. Era la primera y única regla escrita por una mujer y aprobada por la Iglesia.

Obtenida esta victoria la virgen Clara, fundadora de las “hermanas pobres”, o clarisas franciscanas, recibió el beso de la Santa Virgen que llevaría su alma al encuentro del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a quien había amado como “hija, madre y esposa”. Fue canonizada por Alejandro IV el año 1255.

La Orden de las Hermanas Pobres de Santa Clara se extendió rápidamente por el mundo y celebra sus 800 años de historia. Una larga historia de belleza, de arte, de fidelidad hasta el martirio, y sobre todo santidad.

Santa Clara ha sido una santa muy popular. Es celestial patrona de la TV, de los vidreros, de los jueces, de las modistas en lencería, en Francia de los invidentes. Actualmente, cuando se han perdido muchas devociones y prácticas religiosas, Clara sigue muy actual en el tema de la fecundidad en los matrimonios y del buen tiempo en las bodas.

Y fue para siempre su nombre nuevo: Santa Clara de Asís.

Clara de Favaron

1 cuando el señor iluminó mi corazón...

Un día sintió, la joven Clara de Favarone, que el Señor iluminaba su corazón con la claridad que su nombre anunciaba.

Sintió un amor esponsal hacia Jesucristo, y decidió ofrecerle su virginidad intacta.

Sintió un atractivo tan grande como el de una mujer enamorada.

Sintió que, por amor a él, debía aprender a amar a toda criatura, del cielo y de la tierra.

Contempló a Dios en majestad,
cuando se dignó iluminar su corazón...

En los ábsides románicos de las iglesias aparecía ante sus ojos el Señor en majestad. Le fascinaba el esplendor de su gloria y deseaba detener el tiempo para contemplarlo largamente hasta embriagarse de su luz.